

**Fernando Muñoz Cabrejos. Sócrates, máscara de Platón. Lima,  
Fondo Editorial de la UNMSM, 2016. 175 pp.**

Álvaro Gamarra Martínez<sup>1</sup>

Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
eccehomo1980@hotmail.com

Los estudios clásicos en el Perú –me refiero a los estudios del pensamiento y la cultura grecolatinas– son todavía exiguos y poco difundidos. En nuestro medio académico aún está pendiente la tarea de consolidar instituciones especializadas que promuevan y faciliten la investigación en este campo de estudios. Debido a esto, no se ha logrado consumir una sólida tradición referente a los estudios clásicos en nuestra comunidad académica a nivel nacional y, particularmente, en las principales universidades de nuestro país.

No obstante, a pesar de las múltiples carencias y dificultades, no podemos negar u opacar el esfuerzo individual de algunas figuras importantes que hemos tenido y que han destacado en esta materia, estudiosos y especialistas en las lenguas clásicas y el pensamiento antiguo, cuyos aportes se expresan en una rica y variada producción académica en libros o artículos en revistas especializadas. Así pues, es preciso recordar a los maestros sanmarquinos José A. Russo Delgado y Víctor Lí-Carrillo Chía, cuyos importantes trabajos sobre los filósofos antiguos destacan por su erudición y profundidad en el análisis<sup>2</sup>. No podemos olvidar también a la filóloga alemana Gred Ibscher Roth<sup>3</sup> que, en su paso por el Perú y

---

1 Estudiante de Filosofía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y miembro del grupo de investigación “Pedro Zulen”.

2 Cf. Rengifo Vela, Saúl. “Bibliografía de José Antonio Russo Delgado (1917 – 1997)”. En *Escritura y Pensamiento* (Lima, UNMSM), vol. 5, nro. 10, 2002, pp. 135 – 140 y Vexler Talledo, Magdalena. “Las contribuciones filosóficas de Víctor Lí-Carrillo al pensamiento peruano”. En *Logos Latinoamericano* (Lima, UNMSM), vol. 5, nro. 5, 2000

3 Al respecto, véase una muy bonita semblanza de Fernando del Solar-Días: “Gred Ibscher Roth (1906 - 1996)”. En *Areté* (Lima, PUCP), vol. VIII, nro. 2, 1996, pp. 383 – 391.

por nuestra casa de estudios, la universidad San Marcos, nos ha premiado con una voluminosa obra de gran erudición filológica: *Demócrito y sus sentencias sobre ética y educación*, obra publicada por nuestra universidad. Igualmente, no podemos dejar de mencionar a la filóloga española Ana María Gispert-Sauch Colls, actual profesora de Griego y Latín en nuestra casa de estudios, cuyas notables contribuciones<sup>4</sup> al estudio de las lenguas clásicas constituyen un aporte insoslayable en nuestra comunidad académica. Otras figuras notables de los estudios clásicos en nuestro medio académico son Julio Picasso Muñoz, destacado traductor de los clásicos latinos y padres de la Iglesia; Alberto Wagner de Reyna y Walter Peñaloza Ramella, entusiastas cultivadores del pensamiento antiguo; así también, algunos docentes de gran trayectoria académica como Federico Camino Macedo, actual profesor en la PUCP, y Rafael Cerpa Estremadoyro, actual profesor de la UNMSM con una sólida formación en la materia. Sin embargo, pese a estos logros, la situación general respecto a los estudios clásicos, en nuestra comunidad académica – especialmente en nuestra universidad-, es todavía incierta y poco promovida, por los motivos mencionados anteriormente.

En medio de esta peculiar situación académica, el Fondo Editorial de la Universidad San Marcos ha publicado el libro *Sócrates, máscara de Platón* del profesor sanmarquino Fernando Muñoz Cabrejo, docente principal del curso de Historia de la Filosofía Antigua de dicha casa de estudios. A continuación, me propongo hacer la exposición del texto, de sus contenidos y estructura interna, deteniéndome en el análisis de algunos tópicos puntuales de la obra, para finalmente, a modo de balance general, hacer algunas observaciones o aclaraciones sobre los planteamientos del autor.

*Sócrates, máscara de Platón* es un libro corto, de lectura fácil y amena, dirigido al público en general. La exposición es didáctica y está enriquecida por las opiniones y argumentos de conocidos estudiosos y notables helenistas entre los que cabe mencionar a G. Colli, J. P. Vernant,

---

4 Al respecto, véanse los artículos de la autora “Sobre la importancia de las lenguas clásicas (latín y griego)” En *Escritura y Pensamiento*. UNMSM nro.5, 2000; “Quinto Horacio Flaco: traducción original del *Beatus ille*”. En *Hueso Húmero*. Lima, nro. 38, 2001, pp. 128 - 134; *Raíces griegas: tan lejanas y tan cercanas...* En *Letras*. UNMSM, nro. 107/108, 2004, pp. 197 - 205; así también el libro *Vivencias y Expresiones lingüísticas. Uso del Castellano en el Perú de Hoy*, Editorial Academia Española, 2011.

W. Jaeger, G. S. Kirk, C. García Gual, F. Nietzsche, M. Heidegger, entre otros. El libro está dividido en cuatro capítulos o secciones y tiene un carácter predominantemente expositivo y panorámico: parte de una presentación histórico –biográfica del personaje en cuestión– lo cual es imprescindible en el caso de Sócrates, ya que para él filosofía y vida forman una unidad inseparable –para luego ofrecer una exposición y explicación de su pensamiento recurriendo a las interpretaciones más aceptadas de algunos helenistas. El autor no pretende desarrollar o defender una tesis particular sobre el tema, como parece sugerir el título del libro<sup>5</sup>, ni enfocarse en el estudio de algún asunto relacionado con lo socrático; por el contrario, como ya se dijo, su exposición pretende ofrecer una visión panorámica de Sócrates en lo referente a su vida, pensamiento y trascendencia. El objetivo central de esta obra es presentarnos al filósofo y ciudadano Sócrates, hombre de múltiples máscaras, cuya vida y pensamiento se fusionan indisolublemente en medio de un conjunto de circunstancias sociales, políticas e intelectuales que le tocó vivir. A continuación, examinemos el contenido del texto y veamos algunos tópicos centrales planteados por el autor.

El primer capítulo, “Sócrates, ciudadano”, nos trata de presentar al Sócrates real, al Sócrates de carne y hueso ubicado de manera precisa en su peculiar contexto histórico: la Atenas de la segunda mitad del s. V a. de C., periodo que corresponde al auge y decadencia de dicha ciudad y del mundo griego en general. En efecto, el autor nos presenta al ciudadano Sócrates, nacido en Atenas en el 469 a. de C., perteneciente a la clase media baja –esto se sabe por el oficio de sus padres: su madre era comadrona y su padre escultor o cantero– y que, cumpliendo con sus deberes ciudadanos, participó como hoplita en algunas batallas de la Guerra del Peloponeso (431–404 a. de C.): la batalla de Potidea y la de Delión, destacándose entre los demás por su valor y resistencia. El autor resalta en este capítulo la consecuencia o fortaleza moral de Sócrates, la firmeza de sus convicciones -aunque le pueda costar su propia vida-, que tuvo ocasión de demostrar, clara y contundentemente, en dos oportunidades: en un primer momento, al rechazar la ilegal e

---

5 El autor intitula su obra “Sócrates, máscara de Platón”, lo cual sugiere que se ocupa fundamentalmente del problema de la relación entre lo socrático y lo platónico, o de algún tópico vinculado a esto; sin embargo, no aborda dicho problema y se centra en una exposición más amplia de la vida y pensamiento de Sócrates.

injusta condena de los almirantes acusados de abandonar a los naufragos del combate de las Arginusas; y en una segunda ocasión, cuando en el gobierno de los Treinta Tiranos –caracterizado por el extremo abuso de autoridad– desató, marchándose a su casa, la orden absolutamente arbitraria de arrestar a León de Salamina –hombre rico e influyente– para ejecutarlo. De este modo, Sócrates mostró independencia moral y consecuencia con sus principios frente a las injusticias cometidas por las autoridades de Atenas, “demostrándoles no con palabras, sino con hechos, que a él la muerte le importaba un bledo” (p. 39). Sin embargo, la prueba de fuego donde se pondrá en evidencia la consecuencia moral del personaje será cuando sea injustamente acusado de impiedad religiosa y de corromper a la juventud, acusación que le hizo merecedor de la pena máxima: la muerte. Sócrates, pudiendo haber escapado o abandonar la ciudad aceptando el destierro, decide someterse a las leyes de la ciudad aceptando el cumplimiento de la condena, pues “consideraba no haber cometido falta alguna como lo había demostrado en su defensa, y que al marcharse podría interpretarse como una confesión, además de que estaba dispuesto a seguir enseñando o dejar de vivir, optó por la muerte.” (p. 42).

El capítulo finaliza con una descripción de la escena trágica de los últimos momentos de Sócrates en la prisión, en compañía de sus discípulos, y hace una exégesis de las últimas palabras del maestro expresadas en el justo instante que siente los efectos del veneno: “Critón, le debemos un gallo a Asclepio, así que págaselo y no lo descuides”. El significado de esta frase –motivo de controversia entre renombrados helenistas<sup>6</sup>– por la que se inclina el autor, es la siguiente: para Sócrates, la vida representa una enfermedad (en especial la vida que llevaba) y, consecuentemente, la muerte sería el final de esa enfermedad, es decir, una especie de cura o salvación; por lo que hay una deuda con el dios de la medicina, Asclepio, y hay que pagársela.

En el segundo capítulo, “Sócrates, personaje literario”, se aborda panorámicamente el famoso problema de “la cuestión socrática”; es decir, la dificultad de poder determinar claramente el pensamiento de Sócrates a partir de las noticias que tenemos de parte de algunos autores

---

6 Al respecto, véanse los siguientes autores: Kraus, R. *Vida privada y pública de Sócrates*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1943; Eggers Lan, C. *El Fedón de Platón*. Buenos Aires, EUDEBA, 1971; Nietzsche, F. *Crepúsculo de los ídolos*. Madrid, Alianza Editorial, 1982.

de la antigüedad, puesto que, como es bien sabido, Sócrates no dejó nada escrito. El autor hace referencia a las cuatro fuentes principales que nos han transmitido una determinada imagen de Sócrates, resaltando por encima de todas la versión presentada por Platón, por ser la de mayor influencia en la historia de la filosofía. “Así, Aristófanes, lo hizo para denigrarlo y presentarlo como un consumado sofista; Jenofonte, para expresar su admiración, respeto y cariño que le suscitó personaje tan particular. Aristóteles, por su parte, como historiador de la filosofía,... nos expone una versión más equilibrada y menos apasionada sobre la figura que, en su momento, causó tanta fascinación entre los atenienses” (pp. 60 – 61). Sin embargo, es la versión de su discípulo Platón la que lo immortalizará a través de sus diálogos: “Platón, la fuente más importante para informarnos sobre Sócrates, no solo profesa admiración, respeto y cariño para con su egregio maestro, sino que lo presentará como modelo de ciudadano y filósofo” (p. 61).

No obstante, el Sócrates que nos presenta Platón –sostiene el autor– es un personaje diseñado convenientemente por este último para expresar sus propias ideas y para que sirva como ejemplo del ciudadano y filósofo que buscaba lograr en su proyecto político de una ciudad ideal; de este modo, Sócrates pasa a convertirse en la “máscara de Platón”. Para lograr su objetivo, Platón no habría tenido reparos en retocar la imagen de Sócrates, obviando algunos aspectos negativos<sup>7</sup>, de manera que el Sócrates representado en los diálogos sería el resultado de una manipulación intencionada de parte de Platón para acercarlo al perfil del ciudadano ideal esbozado en la *República* y las *Leyes*. Por lo tanto, “el Sócrates que aparece en los diálogos quizás sea el Sócrates –ciudadano ateniense, de carne y hueso, pero de rasgos físicos y psicológicos muy singulares–, que él convierte en su “Sócrates” y le otorga diversos papeles o múltiples máscaras sin mayor dificultad” (p. 66).

Sin embargo, a pesar de las diferentes versiones sobre el personaje en cuestión y de las modificaciones intencionadas que se pudieron haber introducido de parte de los antiguos, queda suficientemente claro

---

7 El autor se refiere a la vida privada de Sócrates, en la cual abandonó casi por completo sus obligaciones familiares, dejando a su esposa e hijos en la pobreza. En el contexto de la polis griega, los deberes pertenecientes a la vida privada son considerados también como deberes ciudadanos. No hay un divorcio entre lo privado y lo público, es decir, entre lo ético y lo político.

—siguiendo al autor— que Sócrates se mostró a lo largo de su vida como un ciudadano respetuoso de la ley y de lo divino y coherente en su modo de vida, en medio de un contexto de crisis política y moral generalizada.

El tercer capítulo, “Sócrates, filósofo de múltiples máscaras”, desarrolla el carácter ambiguo, contradictorio o enigmático de Sócrates, tal como la tradición nos lo ha transmitido; es decir, como un personaje que asume formas y maneras de ser contradictorias: en ocasiones se muestra dionisiaco y en otras apolíneo, se presenta como sabio pero a la vez presume ignorancia, tiene una fea apariencia pero lleva la belleza internamente. Todas estas formas y actitudes constituyen las múltiples máscaras de Sócrates, siendo de este modo un personaje contradictorio y, por ende, enigmático. En efecto, sostiene el autor, “Sócrates es todo un enigma por cuanto no dejó nada escrito y por el comportamiento que tuvo durante toda su vida; siempre se muestra ambiguo, desconcertante e inquietante (...). En esta situación, es preferible aceptar el carácter contradictorio como evidencia sobre un personaje totalmente enigmático” (p. 81).

El primer rasgo de ambigüedad o contradicción en Sócrates, según el autor, es la que se produce entre su fea apariencia física conjuntamente con sus actitudes -semejantes a las de un Sileno<sup>8</sup>- y la belleza interior que posee. “Reparemos, en primer lugar, en su aspecto físico. Es definitivamente desagradable: nariz chata, labios gruesos, ojos saltones, y, como él mismo lo reconociera, dotado por la naturaleza de las pasiones más vehementes (...). Además, no solo se parece por el exterior a los Silenos, sino también por ser un lujurioso, tal como se mostraban los acompañantes de Diónisos” (p. 83). Sin embargo, a diferencia de los Silenos, Sócrates —señala el autor— ha logrado la belleza del alma, que se obtiene mediante la puesta en práctica del autoconocimiento, expresado en el precepto delfico “conócete a ti mismo”. El ejercicio del autoconocimiento lo habría conducido al cuidado y perfeccionamiento del alma, es decir, a la virtud. Es por eso que, para Sócrates, el verdadero bien del hombre no está en el cuidado del cuerpo ni en los bienes

---

8 Los Silenos eran personajes grotescos, licenciosos y de fea apariencia física (por lo general viejos con el vientre abultado). Forman parte del séquito de Diónisos y están entregados a la embriaguez. Véase al respecto Hadot, Pierre. *Elogio de Sócrates*. Barcelona, Ed. Paidós, 2008; Grimal, Pierre. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona, Ed. Paidós, 1989 y Ruiz de Elvira, Antonio. *Mitología clásica*. Madrid, Ed. Gredos, 1982.

materiales, sino en el cuidado del alma, que se relaciona también –siguiendo al autor– con el reconocimiento de nuestras propias limitaciones como seres humanos. Eh aquí, entonces, una de las máscaras de Sócrates –la de un Sileno– que esconde y se opone a su belleza interior.

Otro aspecto contradictorio de Sócrates, como lo indica el autor, tiene que ver con su método de hacer filosofía, es decir, con la mayéutica, “el arte de partear”. El momento previo a la mayéutica es la *ironía*, en el cual Sócrates se dirige a sus interlocutores fingiendo no saber sobre aquello que está preguntando. Esta presunción de ignorancia ante los demás constituye también una de sus máscaras. Sócrates, sostiene el autor, no pretende revelarse ante los demás como un espíritu superior, sino que quiere ser visto como alguien igual a ellos. Por lo tanto, no solo la ignorancia, sino también la mediocridad constituye una de sus máscaras. En efecto, Sócrates se presenta ante sus interlocutores –que en varias ocasiones son personas comunes, pertenecientes al vulgo (v. g. el esclavo con el que dialoga en el *Menón*)- como uno igual a ellos e ilustra los temas que aborda con figuras y personajes tomados de la vida cotidiana. Esta apariencia de mediocridad le permite practicar su ejercicio filosófico –la mayéutica–, presentándose ante los demás como alguien que no sabe, que ignora aquello que pregunta. De este modo, la mediocridad, conjuntamente con la ignorancia, representa otra de las máscaras de Sócrates. Sin embargo –puntualiza el autor–, Sócrates mismo se convierte en la máscara de Platón al ser utilizado por este último como personaje principal de sus diálogos, del cual se vale para expresar sus propias ideas.

Relacionado con estos tópicos, el autor realiza –como notas a pie de página– extensas digresiones con el fin de desarrollarlos o aclararlos. En ellas el autor desarrolla dos puntos centrales: en primer lugar, Sócrates y los filósofos anteriores (los presocráticos) –se cita en especial a Parménides, Pitágoras, Jenófanes, Demócrito y Heráclito– mostraron un claro rechazo hacia los bienes materiales y a las técnicas productivas, pues todas ellas tienen que ver con el cuidado del cuerpo y el refinamiento de la vida material, pero no con la verdadera realización del hombre, y traen como consecuencia el aumento de la *hybris* (deseo desmesurado de poder) y el peligroso alejamiento de la tradición o de lo divino. Esto se expresa con mayor claridad en Sócrates, para quien –según el autor– más importante que el refinamiento intelectual y de

la técnica es el conocimiento y dominio de sí mismo. Sócrates “estaría llamando la atención sobre los peligros que trae consigo el refinamiento intelectual y tecnológico (...). Se trata de técnicas que, para él, tenían que estar subordinadas a lo más importante en la vida de los hombres: el autoconocimiento y dominio de sí mismo (...). Por esta razón, Sócrates se muestra enemigo de todo arte y ciencia natural..., prioriza seguir el consejo delfico” (pp. 89 – 90).

En segundo lugar, tanto Sócrates como los presocráticos mencionados –argumenta el autor– insisten en el respeto a las costumbres y tradiciones de fuerte influencia religiosa. Ellos se manifiestan sobre el problema moral de su época y muestran su adherencia a la tradición mítico-religiosa. “Jenófanes es el primero que da cuenta del peligroso alejamiento de las austeras, sensatas y ancestrales costumbres de la época de los siete sabios. Parménides, Heráclito, Demócrito y Pitágoras se enfrentarán al problema y buscarán soluciones...” (p. 90). Luego, Sócrates se expresará claramente sobre este asunto en defensa de la tradición a la cual considera como “fuente de los preceptos morales y leyes de la ciudad” (p. 92). Desde luego, no podría ser de otra manera, puesto que “Sócrates, al igual que sus contemporáneos, por más filósofos que sean, no se habían apartado de los asuntos religiosos que estaban íntimamente relacionados con la tradición y de manera particular con la polis” (p. 94). De este modo, Sócrates y los filósofos presocráticos se mantienen ligados a su tradición religiosa, a la cual defienden o afirman en medio de una crisis moral y de un ambiente de irreligiosidad expresado claramente en los sofistas.

El cuarto y último capítulo, “La sabiduría socrática”, expone las líneas esenciales del pensamiento de Sócrates, que permiten explicar su forma novedosa de pensar y de hacer filosofía. El autor pretende explicar el impacto, el alcance y significado de las ideas de Sócrates –en especial del nuevo proyecto ético que pretende establecer– en relación con la tradición filosófica, religiosa y moral de su tiempo. Veamos a continuación cómo se articulan las ideas de Sócrates en la exposición que nos ofrece el autor.

Los ejes centrales de la sabiduría socrática se expresan en dos conocidas sentencias conservadas y transmitidas por la tradición: “solo sé que nada sé” y “conócete a ti mismo”. Ambas están vinculadas, de



alguna manera al oráculo de Delfos y condensan de un modo esencial el mensaje moral de Sócrates. En efecto, ambas sentencias nos exhortan al reconocimiento de nuestras propias limitaciones como seres humanos y a la moderación o control de nosotros mismos. Sin embargo, para el autor, el “solo sé que nada sé” expresa una ignorancia fingida y en cierto modo es contradictoria y enigmática, a diferencia del precepto delfico “conócete a ti mismo”, el cual “en la esfera humana –no es ni confuso ni enigmático–, suena como una norma imperiosa de moderación, de control, de límite, de racionalidad, de necesidad” (p. 129)

Lo anterior tiene relación con la propuesta moral de Sócrates: un proyecto de reforma ética mediante el conocimiento. Sócrates –afirma el autor– pretende fundamentar la ética (el camino de la virtud) en el conocimiento; por lo tanto, el conocimiento debe tener consecuencias prácticas, es decir, consecuencias éticas; el fin del conocimiento es orientar la praxis humana. De este modo, queda puesto en evidencia el fuerte carácter práctico de la sabiduría socrática; puesto que, se busca el conocimiento no por el puro deseo de saber desinteresado, lo cual era característico de los primeros filósofos, sino por sus consecuencias positivas para la vida en términos morales. Por lo tanto, en Sócrates –siguiendo al autor– hay una identificación plena entre filosofía y forma de vida, entre conocimiento y moral

Finalmente, el autor expone las posibles causas por las cuales Sócrates fue tomado en serio en la antigüedad, alcanzando una gran importancia en la historia de la filosofía. Según el autor, Sócrates logró trascender como paradigma de filósofo y ciudadano por tres razones principales: 1) Sócrates “fue quien en medio de tanta soberbia en torno a la razón reconoció no saber nada, es decir, invitó e instigó a no perder la conciencia de nuestras limitaciones humanas y mortales” (p. 141); 2) “Sócrates se mostró respetuoso ante lo decretado por la ley que tradicionalmente rige a la ciudad y sus ciudadanos” (p. 144); 3) “Vivió lo que predicó y enseñó, coherente y religiosamente, dejando el ejemplo del *modus vivendi* filosófico” (p. 144).

Paralelamente, a modo de complemento de los tópicos desarrollados en el presente capítulo, el autor hace extensas digresiones en forma de notas a pie de página. Principalmente –a propósito de Sócrates y sus vínculos con la tradición religiosa–, defiende la tesis de

que no existe oposición entre filosofía y religión, como comúnmente se cree. La actitud crítica hacia la religión, en algunos filósofos, no habría tenido la intención de perjudicar o arruinar la religión; por el contrario, existe una relación armoniosa entre mito y filosofía, entre razón y fe. De acuerdo a lo planteado, el autor cuestiona seriamente la postura de algunos renombrados helenistas –específicamente G. S. Kirk, Carlos García Gual y W. Nestle– por el “sesgo cientificista o positivista” en sus apreciaciones sobre el mito y la filosofía –pues plantean una relación de exclusión u oposición entre ambas– que en última instancia obedece a una visión moderno-contemporánea del pensamiento antiguo.

### **Balance y reflexiones finales**

Los estudios sobre Sócrates -en lo referente a su vida, pensamiento e impacto que provocó en la antigüedad, así como también el conjunto de problemas histórico-filológicos que todo esto supone- han sido amplia y rigurosamente abordados por destacados helenistas<sup>9</sup> y, en nuestro medio académico, por José A. Russo Delgado<sup>10</sup>. Por esta razón, es difícil –mas no imposible– desarrollar una investigación original o novedosa sobre el tema en cuestión que antes no haya sido realizada, en cierto modo, por los especialistas y estudiosos del pensamiento antiguo. Sin embargo, ante tal situación, se espera que todo trabajo que se haga al respecto deba estar al mismo nivel en el uso de conocimientos y herramientas histórico-filológicas, para poder establecer un diálogo crítico con aquellos que han aportado decisivamente en este campo de estudios. Asumiendo tales directrices, pretendo hacer una evaluación o balance del carácter de la obra en general y de algunos aspectos vinculados con la forma y el contenido de texto.

Como ya se señaló anteriormente, *Sócrates, máscara de Platón*, más que un estudio pormenorizado o específico sobre los tópicos centrales vinculados a la problemática socrática, es un libro de carácter predominantemente panorámico y expositivo. El autor hace una

---

9 Véanse al respecto, solo por citar a algunos, Hadot, Pierre. *Elogio de Sócrates*. Barcelona, Ed. Paidós, 2008; Kraus, R. *Vida privada y pública de Sócrates*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1943; Tovar, A. *Vida de Sócrates*. Madrid, Revista de Occidente, 1947; Zeller, E. *Sócrates y Los Sofistas*. Buenos Aires, Ed. Nova 1955; Maier, H. *Sokrates*. Tubinga, 1913; Taylor, A. E. *Varia socratica y Sócrates*. Edimburgo, 1932; entre otros.

10 *Sócrates, problema, mensaje*. Lima, Ignacio Prado Pastor ed., 1984.

presentación integral de Sócrates como ciudadano y filósofo, en medio de las circunstancias especiales que le toco vivir en la Atenas de su tiempo; sin embargo, no profundiza ni examina críticamente los problemas capitales relacionados con el tema –los cuales forman parte de la llamada “cuestión socrática”–, sino que solo los aborda someramente.

Así pues, el autor no se detiene en un estudio crítico de las fuentes históricas para determinar el valor de cada una de ellas, en cuanto a su autenticidad y veracidad, lo cual es imprescindible para reconstruir de un modo fidedigno la vida y pensamiento de Sócrates y para distinguir en lo posible lo socrático de lo platónico<sup>11</sup>. Este tópico es de gran importancia, puesto que según la valoración de las fuentes, en cada época se ha tenido una imagen distinta de Sócrates. “La humanidad ha visto, a partir especialmente del siglo XVIII, un Sócrates ya metafísico, ya dialéctico escéptico; ya racionalista y crítico, ya piadoso y místico; ya individualista e ilustrado, ya sometido; bien utilitario, bien idealista ético; ora científico y especulativo, ora práctico”<sup>12</sup>. En relación a esto, podríamos preguntarnos cuál es la imagen de Sócrates que el autor nos presenta y bajo qué criterios.

Siguiendo lo anterior, el autor no precisa de un modo explícito en qué medida los diálogos de Platón constituyen una fuente autorizada para reconstruir el discurso original de Sócrates, ni cuáles serían los criterios para utilizarlos como una fuente histórica. Ciertamente es que esta labor ya ha sido realizada por renombrados helenistas y ha costado un arduo trabajo filológico; pero, de todos modos, hubiera sido adecuado que el autor lo esponga y haga expresa su posición crítica al respecto. Por el contrario, sin ningún análisis crítico previo y sin haber establecido ciertos límites, se presenta a Sócrates como “máscara de Platón”, es decir, como un personaje diseñado por este último, “un personaje del cual Platón se valdrá para presentar sus propias teorías y conjeturas” (p. 108) y al cual le otorga “múltiples máscaras”, incluso alterando los datos históricos. A partir de esto, se podría deducir que el autor estaría desacreditando en su totalidad –puesto que no hace ninguna aclaración al respecto– los diálogos como fuentes históricas en lo referente a Sócrates.

---

11 Al respecto, cf. Tovar, A. *Vida de Sócrates*. Madrid, Revista de Occidente, 1947. En el primer capítulo hace un análisis exhaustivo sobre el grado de veracidad de las fuentes históricas, presentando los últimos resultados a que se ha llegado.

12 *Ibid.*, Ob. cit. p. 53

A este respecto, resultan muy esclarecedoras las palabras de Antonio Tovar cuando dice que actualmente es considerado como “inadmisibles los criterios de Burnet y Taylor, que toman como fuente histórica todos los diálogos de Platón, incluso aquellos de la edad madura y la vejez, y no tienen otra salida que atribuir a Sócrates mismo nada menos que la teoría de las ideas”<sup>13</sup>, y más aún cuando sostiene que a partir de Schleiermacher se ha vuelto a considerar a Platón como una fuente histórica y que el debate posterior de los especialistas se centra en cómo se ha de considerar dicha fuente<sup>14</sup>. El autor no se pronuncia sobre el estado de la cuestión, ni asume de manera explícita una determinada posición al respecto.

Por otro lado, en cuanto al título de libro, “Sócrates, máscara de Platón”, resulta en este caso inadecuado, puesto que no expresa el contenido real del texto. En efecto, el título da la impresión de que se trata de un estudio especializado sobre algún problema relacionado directamente con “la cuestión socrática” –v. g. la distinción entre lo socrático y lo platónico–. Sin embargo, el autor solo se centra en presentar una visión de conjunto realizando un tratamiento general de tales problemas. Por lo cual, el título del libro no guarda correspondencia con su contenido.

Otro detalle de suma importancia en todo trabajo relacionado con los estudios clásicos –particularmente, con el pensamiento antiguo– tiene que ver con la normatividad del citado, fundamentalmente por una cuestión de rigurosidad y exactitud. En el caso especial de los pensadores presocráticos, toda cita de sus opiniones –como es bien sabido– debe estar basada en el material doxográfico editado inicialmente por H. Diels y culminada por W. Kranz: *Die Fragmente der Vorsokratiker*, inicialmente editado y publicado en Berlín en 1903. Sin embargo, el autor no hace referencia a esta edición en sus citas de los presocráticos, sino a la edición bilingüe de Ramón Cornavaca<sup>15</sup>; lo cual evidencia una falta de rigurosidad en el tratamiento de los filósofos antiguos, a la vez que sugiere que el autor no se ha servido de su propia traducción y estaría confiando ciegamente en una traducción ajena.

No obstante, pese a estas observaciones, *Sócrates, máscara de*

---

13 *Ibíd.*, p. 31

14 *Cf. Ob. Cit.* p. 31

15 *Filósofos presocráticos. Fragmentos*. T. I & II. Buenos Aires, Ed. Losada, 2008 & 2009

*Platón* constituye un libro adecuado como una introducción a la vida y pensamiento de Sócrates y al pensamiento antiguo en general. En términos generales, el autor hace una exposición clara y didáctica de los tópicos fundamentales relacionados con el tema en cuestión, a la vez que ilustra y enriquece de modo pertinente su argumentación con las opiniones de destacados helenistas y estudiosos del pensamiento antiguo; por lo cual el presente trabajo se convierte en una herramienta útil para todo aquel que pretenda iniciarse en este campo del conocimiento.